
La Tía Pobre

Gabriel Miró

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 6418

Título: La Tía Pobre

Autor: Gabriel Miró

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 27 de enero de 2021

Fecha de modificación: 27 de enero de 2021

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Tía Pobre

Hay en lo hondo de la casa un aposentillo con una ventana encima de un patio de baldosas húmedas y roídas. Suena, de tiempo en tiempo, el blando gotear de un caño oxidado, el golpe de una vasija que una mujer del sótano deja abandonada en la umbría de un rincón; sube el grito agudo y áspero de una rata atormentada, ahogada despacito en agua clara, para que vean toda su angustia los niños que han acudido de todos los pisos.

Arriba, el cielo es de una dulce claridad; va pasando su pureza y hermosura sobre los muros viejos y rezumantes de los patios, y se aleja al amor de los campos verdes, feraces, luminosos.

Ese aposento recibe una luz casta, inmaculada, la primera que baja a la casa. Los alborotos de los gorriones que tienen la querencia en las cobijas y en el arimez dejan por las tardes una impresión de árbol grande, caliente y vivo de nidos, árbol bondadoso que ampara el portal de los casales.

En aquel cuarto tiene su arca o su corre una señora vieja, seca, dobladita, rugosa, vestida de ropas negras, ajadas, que fueron de una hermana bella y bien casada, ya muerta; y la pobre señora las ha ido acomodando a la enjutez y ruina de su cuerpo. Todavía manifiesta el vestido vislumbres de elegancia marchita y ajena, que sorprenden y hacen que se vuelvan algunas curiosas mujeres para mirar a la señora del aposentillo.

Tiene, también, una salita con un balcón que cuelga sobre una calleja agobiosa como otro patio mojado y oscuro; pero hay una larga banda de azul magnífico de cielo donde

prorrumpe la torre de una iglesia que, en los ocasos, arde como una antorcha de piedra encendida de sol.

En esa salita tiene la señora su cama, su cómoda lisiada, y dos butacas cuya osamenta desgarró el respaldar, el fondo y los costados, todo remendado muchas veces por sus manos; y en el balconcito, dentro de una olla de vientre cosido con lanas, florece una mata generosa de capuchinas.

La cama es de matrimonio; pero las sábanas, la frazada, el cabezal, la telliza son de cama pequeña, de «un cuerpo».

Cuando la señora se acuesta, de su pecho liso y estrecho sale un suspiro que envuelve toda la jaculatoria de «¡Jesús, José y María, os doy el corazón y el alma mía!». Y antes de rezar el «¡Jesús, José y María, asistidme en mi última agonía», como ya ha matado la luz del cirio, un trozo de candela que alumbró en el Monumento todo el Jueves Santo, la señora toca con sus manos trémulas los lados de la ancha cama. ¡Qué grandes y fríos, y ella cuán chiquitina y sola!

Vive la señora con una familia que le dejó alquilado el dormitorio, un sitio para su cofre y un lugarejo de lumbre donde cuece su cena de verduras o sopa con un huevo escaldado, y el café de la mañana, porque la comida y dos reales diarios se lo dan en una casa principal en pago de su costura, que aunque vieja y de fatigados ojos, todavía cose más primorosamente que muchas mozas.

Sus amistades son los santos predilectos de su parroquia y un canónigo, amigo del difunto marido y Padre Espiritual suyo, que le hizo la preciosa merced del trozo de candela del Tabernáculo. El señor canónigo le aconseja paciencia en todos sus trabajos y aflicciones; y si acabada la confesión le desmenuza la señora alguno de sus agobios, el buen canónigo cruza sus gordezuelos dedos junto a la celosía del confesonario, y exclama:

—¡Pero, doña Patrocinio, esos desalmados de sus sobrinos no

tienen perdón de Dios; no lo tienen!

En seguida la bendice absolviéndola, y añade:

—¿Le impuse de penitencia una Salve y seis Avemarías, doña Patrocinio? Bueno; pues no rece sino dos y la Salve.

...Sigüenza conoce mucho a esta señora y a sus parientes.

Acaso todos vosotros conocéis también una doña Patrocinio, una tía viuda y pobre. Todas traen la misma mantellina y se la prenden de la misma manera triste y repulgada; calzan las mismas botas de paño. Todas suspiran, os miran y viven parecidamente.

Sigüenza le ha dicho a doña Patrocinio:

—Doña Patrocinio: sus sobrinos deben de ser personas caritativas, fáciles a la ternura. Yo he visto sus nombres anotados en las listas o suscripciones de socorros; los he visto llorar en el teatro si la comedia era de lástima.

La señora del aposentillo sonreía enseñando la obscuridad y pobreza de su boca.

Cuando doña Patrocinio visita a sus sobrinos, siempre tardan mucho en abrirle la puerta; y las criadas la miran toda y la llaman señora Patrocinio; las criadas parecen las parientes de los señores, y ella una extraña. Las criadas saben que la tía pobre tiene un carácter agrio, insoportable, malavenido con toda la familia; él le ka labrado su propia desgracia...

...Y pasa tiempo; y muere uno de los sobrinos. Acude la tía al lado del cadáver. Todos la miran llorar, y se murmuran:

—¡No podía haber muerto tía Patrocinio! ¿Qué hace en esta vida sino hacer sufrir?

Y pasa más tiempo.

Una mañana, el señor canónigo, estando revistiéndose para

celebrar, se derrumba muerto.

La señora reza por la noche en sufragio de su alma, después de apagada la candela bendita, que parece que no arda, que no se consuma nunca; es como hecha de la carne de doña Patrocinio.

Y muere otro deudo joven.

La tía pobre sigue escuchando el grito de una rata ahogada por la buena mujer del sótano, el lamento de las campanas de la torre, encendida de sol poniente.

Gabriel Miró



Gabriel Miró Ferrer (Alicante, 28 de julio de 1879-Madrid, 27 de mayo de 1931) fue un escritor español, encuadrado habitualmente en la llamada generación del 14 o el novecentismo.

En 1911 le nombraron cronista de la provincia de Alicante. Desde 1914 anduvo empleado en la Diputación de Barcelona, donde se trasladó a vivir. Allí dirigió una Enciclopedia sagrada

para la editorial catalana Vecchi & Ramos, proyecto que no se llegó a concluir pero que le satisfizo íntimamente, y entre 1914 y 1920 colaboró en la prensa barcelonesa: Diario de Barcelona, La Vanguardia y La Publicidad. Conoce allí al editor de muchas de sus novelas, Domenech. Se trasladó a Madrid al ser nombrado en 1920 funcionario del Ministerio de Instrucción Pública y allí permaneció los últimos diez años de su vida; en 1921 era Secretario de los concursos nacionales de ese mismo ministerio. En 1925 ganó el Premio Mariano de Cavia por su artículo "Huerto de cruces" y en 1927 es propuesto para la Real Academia Española, pero no fue elegido, quizá por el escándalo levantado ante su novela El obispo leproso, considerada anticlerical.

La mayor parte de la crítica considera que la etapa de madurez literaria de Gabriel Miró se inicia con Las cerezas del cementerio (1910), cuya trama desarrolla el trágico amor del hipersensible joven Félix Valdivia por una mujer mayor (Beatriz) y presenta —en una atmósfera de voluptuosidad y de intimismo lírico— los temas del erotismo, la enfermedad y la muerte.

En 1915 publicó El abuelo del rey, novela en la que se relata la historia de tres generaciones en un pueblecito levantino, para presentar, no sin ironía, la pugna entre tradición y progreso y la presión del entorno; pero, ante todo, nos encontramos con una meditación sobre el tiempo.